

Soy la Revolución Neoliberalizada

**Todo realizado desde la cúpula de Moscú y de
acuerdo con Wall Street**

SALVADOR BORREGO E.

México 1999

propiedad del autor;
para mas info bredicion2@gmail.com

INTRODUCCION

Hablando de política, ¿que se entiende por "Revolución"?... La acepción inicial decía que era "el cambio violento de las instituciones de una nación. Sin embargo, en la práctica sucede que unos cambios violentos reciben el nombre de "Revolución" y otros no. Incluso, hay algunos que son llamados "contrarrevolucionarios".

La explicación es que una facción, con ideas peculiares sobre política, economía, historia y religión, se ha apropiado del término "Revolución".

El cambio político operado en Francia, en 1789, fue consagrado como "Revolución", lo mismo que el que se dio en Rusia en 1917. Y así sucesivamente el de México, en 1910, el de España en 1936, el de China en 1948, el de Cuba en 1959, etc.

Durante siglos se habló intensamente de "Revolución". En cambio, en los últimos años ese término ha sido substituido por el de "Neoliberalismo".

¿Qué significa todo esto? Muchos jóvenes carecen de información suficiente para explicárselo. Sería muy tardado que lo investigaran en diversas fuentes. Para es-

tos jóvenes va dedicado este libro. Está redactado en forma de "diálogos" para hacerlo más claro. Esto, sin faltar –en el fondo– a la verdad histórica.

Son diálogos entre **Wall Street**, que ha sido el centro del capitalismo moderno, y **Moscú**, que durante 75 años fue la cúpula de la **Revolución Mundial**. Quien desee ahondar más podrá hacerlo en otros libros que se mencionan en las últimas páginas, que consignan fechas, nombres, lugares y testimonios.

CAPITULO I

DIALOGO ENTRE WALL STREET Y MOSCU

1981

(Wall Street ya en el siglo pasado fui un importantísimo centro financiero y ahora soy la cúpula financiera mundial).

(Moscu: yo fui el centro de la Revolución Mundial. Ahora me estoy remodelando).

MOSCU.- En mi XXVI Congreso del Partido Comunista acabo de hacer un balance de mi Revolución, de la famosa Revolución Rusa que nació en 1917 y que ha levantado un gigantesco imperio llamado Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas. Ahora, en 1981, cumpla 64 años.

Es muchísimo lo que he ganado. Apenas tenía yo 7 años de edad cuando conquisté a Armenia, Azerbeyan, Georgia, Ucrania, Rusia Blanca, Turkmenia, Uzbekia. Luego dominé a Tadzhihia, Kasajia, Kirguizia, Moldavia, la Carelofinlandesa, Estonia, Letonia y Lituania. En total, 15 países o regiones con pueblos de diversos orígenes raciales, lingüísticos y religiosos, **con una población total de 50 millones de habitantes y 5 millones de kilómetros cuadrados.**

Si no hubiera sido por mi poderoso Ejército Rojo, creado por León Trotzky, y por mi terrible policía (conocida como CHEKA) que aplastaban fulgurantemente cualquier oposición, no habría logrado tan gigantesco avance.

Luego vino la Segunda Guerra Mundial, en la que estuve a punto de perecer. El odiado enemigo nazi llegó hasta los suburbios de mis más grandes ciudades; me arrebató o me destruyó cientos de fábricas esenciales y ocupó más de un millón de kilómetros cuadrados de mis mejores tierras. Pero con tu ayuda –poderoso Wall Street– y con la del Imperio Británico, pude salir triunfante junto con todas las potencias aliadas, en las que participaron contingentes de casi todo el mundo.

Al terminar esa guerra tuve otra serie de triunfos. Ya sin resistencia ocupé toda Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumania, Bulgaria y la mitad de Alemania. Fueron días gloriosos durante los cuales obtuve un maravilloso botín que me permitió modernizar mi tecnología, hasta el grado de obtener el avión de turbina, los cohetes estratosféricos y la bomba atómica.

WALL STREET.- Perdona que te interrumpa, pero es meritorio que estés admitiendo que te salvaste con mi ayuda, en tiempos del Presidente Roosevelt, y con la del Imperio Británico (encabezado por Winston Churchill). Generalmente en las irformaciones públicas tú pretendes apropiarte todo el mérito. Pero, en fin, entiendo que una cosa es que hables ante la opinión pública mundial y otra que hablemos en confianza, tú y yo. Perdona la interrupción.

MOSCU.- Como te iba diciendo, mi crecimiento era portentoso y claro que tuve tu cooperación. Cuando se alzaban voces en mi contra y te pedían que me marcaras el alto, tú siempre tuviste prudencia y me dejaste manos

libres, salvo muy aisladas excepciones, como cuando tendiste un puente aéreo para que tus aviones llegaran a Berlín, que yo tuve mucho tiempo en mi poder. Después fueron los días del presidente Kennedy, que no me quería. Ya ves que hasta pretendió arrebatarme de las manos a Cuba y me obligó a retirar mis cohetes, pero afortunadamente ese sujeto duró poco y lo mataron en Dallas. Con su sucesor (el presidente Johnson) me entendí muy bien.

Pero como te iba diciendo, mi crecimiento era incontenible. Tuve ahijados a quienes apoyé para que establecieran regímenes comunistas en toda Africa: en Argelia, Etiopía, Costa de Marfil, en Angola, etc. Ahí todo era pan comido, ya que los africanos son inocentones y carecen de tradiciones, además de que los encontramos sin armas. Lo más difícil fue en el Congo por el catolicismo que habían llevado los colonizadores belgas, y hasta hubo un negro (Moisés Chombe) que nos dio mucha guerra. En el Congo me liquidaron a mi caudillo Patricio Lumumba, pero eso se lo cobramos bien caro a Chombe, a quien secuestramos y lo tuvimos preso en Argelia hasta que murió.

WALL STREET.- Tu intervención en Africa me dio bastantes dolores de cabeza con diversos grupos estadounidenses que me pedían defender a los africanos. Me fue necesario maniobrar hábilmente, hacer hincapié en que tú tenías bombas atómicas y que era muy peligroso tratar de frenarte. Afortunadamente mis medios de comunicación (prensa, Radio, TV., etc.) apoyaron esta tesis y se fue pasando el tiempo, mientras tú seguías avanzando.

Un momento muy difícil para mi, por tu culpa, fue cuando se te rebeló el pueblo húngaro y tú hiciste una matanza feroz, a fines de 1956. ¿Te acuerdas?... Otra vez tuve qué aparentar que te íbamos a parar los pies;

hablé en tu contra, te critiqué, pero finalmente no hice nada y todo se fue olvidando. Los medios de comunicación tienen la posibilidad de acallar voces y de desviar la atención.

MOSCU.- ¡Claro que me acuerdo de esa crisis! Lo mismo qua cuando tres veces intervine en Checoslovaquia para que no se me escapara. Y cuando le eché mis tanques al pueblo de mi media Alemania, que también se me quería escapar. Ciertamente que era población civil, sin armas, pero yo no podía permitir esas manifestaciones en contra del comunismo; corría el riesgo de que se me insolentaran en todas partes. El problema lo tuve en 274 poblados y ciudades de la media Alemania comunizada. Sólo se aplacaron cuando maté a más de 600, dejé heridos a 1,774 y encerré en mis campos de concentración a cincuenta mil, entre hombres y mujeres.

Gracias a métodos semejantes también mis partidarios comunistas, los chinos, se apoderaron del Tibet. Ahí no anduvieron con rodeos, pues mataron a 65,000 tibetanos. Veintemil niños fueron separados de sus padres y llevados a campos de "re-educación". Y no creas que no me di cuenta de que tus medios informativos –con circulación en todo el mundo– minimizaron lo ocurrido en el Tibet, hasta que la opinión pública acabó por olvidarlo.

WALL STREET.- Pues situaciones como esa se repitieron con frecuencia. Claro que en lo íntimo de mi corazón yo siempre he estado contigo porque somos como hermanos gemelos, pero no lo podíamos confesar. Yo rijo a un país de tipo democrático. No es la democracia de Platón, idealizada e irreal, ni la de Aristóteles, cuyo fin era buscar el mayor bien para la comunidad. Yo busco

–con mi peculiar método democrático– hacer que triunfe una ideología económica, pero necesito hacerlo de

tal manera que el pueblo sienta que se le está tomando en cuenta; que él es el que manda, aunque no sea precisamente así. Para lograr esto necesito a veces hacer muchos malabarismos.

Cuando tú te apoderaste de Cuba, con Castro Ruz, yo te ayudé decididamente y hasta corrí de plano al presidente Fulgencio Batista, tachándolo de ser "dictador". Pero a Castro se le pasó la mano, expropió a varias empresas de ciudadanos norteamericanos, habló imprudentemente en mi contra y provocó gran alarma entre mis súbditos. Mucha gente me estaba pidiendo que echara a Castro Ruz del poder, como echamos a los españoles en 1900, por lo cual tuve qué romper relaciones con Cuba y declararle un "dizque" bloqueo, que en realidad no ha sido tal, pues Cuba puede comprar y vender todo lo que quiera, en todo el mundo, menos hacerlo directamente con Estados Unidos. Fue una buena jugada de mi parte para –como suele decirse– "taparle el ojo al macho".

Sin embargo, luego se me puso todo más difícil cuando tus ahijados asiáticos trataron de apoderarse de Vietnam en 1964. Para no echarme la opinión pública encima, y que me acusaran de ser cobarde y débil, o bien, de ser cómplice de tu comunismo –que era lo más grave– tuve qué enviar tropas a Vietnam. Todo el pueblo norteamericano se alborozó, dando por hecho que íbamos a derrotar a tus comunistas asiáticos. Teníamos gran superioridad en aviación, marina, tanques, artillería, etc. Podíamos ganar la guerra en tres meses, pero–para protegerte–tuve una brillante idea: hice que el Congreso no declarara que estábamos en guerra, dado lo cual (según nuestras leyes) las operaciones militares no las dirigirían las Fuerzas Armadas (el Pentágono), sino el Departamento de Estado.

De esa manera, los civiles del Departamento de Estado ordenaron que no se bombardearan tus

aeródromos ni tus líneas de comunicación, y que no se usaran divisiones blindadas en masa, como lo habíamos hecho en la guerra contra Alemania.

Mi general Paul D. Harkins no estaba de acuerdo con esa táctica y le quitamos el mando. El general Robert L. Scott alegó que estábamos enviando soldados a pelear y a morir sin permitirles ganar, por lo cual también lo hicimos a un lado. El general Curtis E. Lemay también refunfuñó, pero se tuvo qué disciplinar.

Cuando tus comunistas asiáticos se hallaban en peligro de recibir un golpe mortal, mi Departamento de Estado, a cargo de Kissinger, accedía a un "diálogo" para buscar la paz, y así ustedes tenían tiempo de rehacerse. Hubo 150 treguas de ese tipo. Entretanto, nuestros medios de información fueron creando la impresión de que nuestras tropas eran demasiado desalmadas; de que no podían ganar; de que era una guerra injusta; de que las protestas de algunos jóvenes debían ser atendidas, y de ese modo la opinión pública estuvo convenientemente cansada, y entonces pudimos anunciar nuestra retirada de Vietnam. Ahí tuvimos 56,227 muertos, 303,605 heridos y 1,805 desaparecidos, además de que gastamos muchos miles de millones de dólares.

Sin embargo, todo lo dimos por bien empleado con tal de que tus amigos se quedaran con Vietnam.

Algo muy semejante había ocurrido en Corea, donde tuvimos qué evitar que el general MacArthur derrotara a tus comunistas. Y como preguntó por qué les negábamos la victoria a nuestras tropas, violentamente lo relevamos del mando.

MOSCU.- Pues sí, ciertamente que en esas dos guerras hiciste geniales malabarismos para no hacerme quedar mal. Se estaba jugando la comunización de toda Asia, cosa importantísima, porque ahí se encuentra China

con más de mil millones de habitantes. Desalojar al nacionalista general Chiang Kai Shek fue más obra tuya que mía. Debo reconocer que mis huestes comunistas de Mao Tse Tung no hubieran podido ganar si tú le hubieras seguido entregando armas a Chiang. Y Mao no se habría podido consolidar si tu Secretario del Departamento de Estado (Mr. Dulles) no hubiera evitado que las fuerzas de Chiang Kai Shek se transportaran de la Isla de Formosa a tierra firme de China.

Todo se cerró con broche de oro en Camboya cuando mis muchachos del Khmer Rojo realizaron la ocupación de ese país. Merecen ser recordados con admiración, pues pudieron eliminar –a tiros o por hambre y frío– a dos millones de camboyanos, sin pararse en pintas de si eran viejos, mujeres o niños. ¡Gloria a su comandante Leng Shary y Hunsen!...(Todavía viven en 1999 y nadie los molesta. ¡Qué diera un Pinochet por ser protegido en forma igual!).

Bueno, estas Memorias nuestras son muy interesantes. El mundo ha creído, durante muchos años, que tú y yo éramos enemigos a muerte; que estábamos a punto de llegar a las manos; que tú eras el polo capitalista y que yo estaba en el polo opuesto de la "dictadura del proletariado". Tuvimos, tú y yo, muchos dimes y diretes, y se popularizó la idea de que existía una "Guerra fría" que en cualquier momento llegaría a hervir. ¡Qué engañado ha estado el mundo! Tú y yo nos hemos reído a solas, en la intimidad.

WALL STREET.- Así es. Te repito que para manejar a los norteamericanos, con mi sistema peculiar democrático, he tenido qué fingir. De saber que tú y yo nos entendíamos desde que naciste, podía haber surgido en Estados Unidos un movimiento que me hubiera arrebatado el control político. Será necesario mantener esta imagen hasta que las circunstancias permitan confe-

sar nuestra naturaleza consanguínea.

Pero, ¿a qué quieres llegar con este diálogo?...

MOSCU.- ¡Verás!... Estamos haciendo un análisis general. Me gustaría que contrastáramos tu táctica y la mía, punto por punto, en cada una de las principales materias políticas. Así podremos identificar posibles errores, ya sean tuyos o míos.

WALL STREET.- ¡Aceptado! Empecemos...

Propiedad Privada

Marx, en el siglo pasado, y Lenin en 1917, seguidos luego por Stalin, proclamaron la abolición de la propiedad privada. Es decir, hablaron con la verdad, confesaron lo que iban a hacer, y eso fue un error. Nosotros debemos ocultar muchas cosas y desfigurar otras. **Aquello de "no mentirás" es mandamiento de una doctrina enemiga que no rige en nuestro caso.** Tu táctica de anunciar tal propósito te trajo millones de enemistades.

MOSCU.- Desde luego que sí. Yo apliqué la abolición de la propiedad privada de un tajo. Estaticé todo: tierras, fábricas, transportes y comercios. A los que se resistían les fue mortalmente mal. Con los campesinos no usé rodeos: millones murieron y otros millones fueron a extinguirse en los campos de trabajo forzado. Calculo que en las purgas de mis primeros veinte años perecieron casi cuarenta millones de súbditos.

WALL STREET.- Eso lo consideraste un triunfo, pero a la vez te empezaste a hacer impopular. Los rusos ya no traba-

jaban con afán; todos se desactivaron y burocratizaron. Te llenaste las manos de problemas. Lenin tuvo luego que mentir, hablando de un nuevo Plan Económico para que yo pudiera abrirle créditos e inversiones, pero eso no pudo durar mucho y las cosas volvieron a caminar mal con Stalin.

En cambio, ya ves, yo no hablo de acabar con la propiedad privada. Practico la economía mixta. ¿Qué tan mixta? Eso depende de mí. Puedo ir la graduando sin perder mi fama democrática. Tú suprimiste la propiedad privada, ciertamente, pero a la larga eso no te ha vuelto más fuerte. No hay que matar a la gallina de los huevos de oro. Simplemente, que siga poniendo más ("productividad"), y que le quede lo suficiente para seguir produciendo.

MOSCU.- Reconozco que llevas razón. Ahora se ve que mi táctica ha tenido graves fallas desde 1917, pero era una tentación ensayarla, pues ofrecía la posibilidad de dominar todo de un solo golpe. Tú eres más sutil; das rodeos y empleas suavidad, aunque sin prescindir del fondo de nuestra doctrina.

De todos modos, mi rudeza de aquellos años para apoderarme de los medios de producción fue en cierta forma favorable para tí. Me odiaron tanto en el mundo que luego te vieron con creciente simpatía y te facilitaron tu avance.

Viendo a fondo la cuestión, no cabe duda que Marx se equivocó al enseñar que el Estado debía apoderarse de todas las empresas y de las tierras agrícolas. No contó con la naturaleza humana; no vio que ésta iba a perder iniciativa y productividad, de tal manera que las empresas estatizadas dejarían pérdidas y que esto debilitaría al Gobierno.

WALL STREET.- Me alegro que ahora, en 1981, ya percibas el error de las estatizaciones. Pasemos a otro punto:

La Lucha Anticristiana

¿No sientes que de 1918 a 1923 te aceleraste demasiado matando a más de mil sacerdotes y obispos rusos?... Y además, aquello de asesinar monjas y sacerdotes y quemar templos en España, en 1936... Como toro daltónico veías rojas las sotanas y embes-tías en el acto. Eso te desprestigiaba, por mucho que nuestros medios informativos trataran de ayudarte. Hu-biera sido más apropiado que tú buscaras el debilita-miento de la Fe para restarles fuerza a los cristianos.

MOSCU.- Yo tuve qué proceder con violencia porque el mandato número Uno de nuestra causa es impedir el reinado de Cristo, y además porque el cristianismo era tan fuerte en Rusia que yo no podía consolidarme en 1918 si no le aplicaba golpes demoledores.

En cuanto a lo de España, en 1936-39, todo iba bien al principio, y si luego fracasé fue porque topé con dictadores que no eran revolucionarios. Por el contrario, eran opuestos a nosotros: Mussolini, Hitler y Franco. Por cierto que debemos seguir condenando conjuntamente a esos tres tipos para que ya no vaya a surgir nadie que se les parezca.

WALL STREET.- Lo importante es que ajustemos nuestra táctica en este punto tan importante. Acuérdate que por el camino de la infiltración el cardenal Pierleoni llegó a ser el Papa Anacleto II, aunque desgraciada-mente lo descubrieron y duró muy poco.

En general, ya existen nuevas circunstancias que nos favorecen. El adversario no tiene ya la misma posición monolítica de principios de siglo. Esto nos permite avanzar más mediante sutilezas y "tolerancia". Alguna gen-

te de nuestro campo no lo comprende aún y se disgusta, como si fuéramos claudicantes, en tanto que otra gente del campo cristiano se ilusiona creyendo que ya nos va catequizando. ¡Qué esperanzas!

MOSCU.- Llevas toda la razón. Por eso ya estoy enterrando mi lema aquel de que "la religión es el opio del pueblo". También voy disminuyendo el rigor con el que castigaba a los padres de familia que enseñaban religión a sus hijos menores de 18 años.

Me duele no haber logrado en este campo lo que soñé hace años. Aún quedan millones de cristianos en mis dominios; esta gente no entiende; así ha sido desde que en Roma un antiguo emperador los castigaba echándolos a los leones en el Coliseo.

WALL STREET.- Aquello fue un tremendo error. Hicieron mártires y éstos ganaron multitudes. Por eso mi estrategia es muy diferente y la recomiendo por todo el mundo. En la enseñanza escolar introducimos el "laicismo", que tiene una inocente apariencia de neutralidad entre el creer y el no creer. En la práctica no hay tal neutralidad, sino una sabia enseñanza: enseñamos, científicamente, que la vida nació por generación espontánea. Que unas sustancias se mezclaron por azar y que adquirieron pensamiento y sentimientos.

Tenemos muchos libros científicos sobre el particular, aunque no hay pruebas, y les decimos a los estudiantes que —entre la bruma y el agua de remota época— una célula decidió unirse a otra y que formaron colonias de células. Unas se especializaron para constituir el sistema óseo; otras, el sistema vascular; las de allá, el sistema digestivo; las de más allá el sistema respiratorio, etc., y así surgió el hombre con **cien billones** de células. Naturalmente la conclusión es que si el hombre no fue creado, no hay creador.

De esa manera inducimos que no hay Dios, sin necesidad de decirlo directamente. Y si no hay Dios, sobre el hombre no existe más poder superior que el nuestro.

MOSCU.- ¡Genial!... Es lo que en la milicia se llama estrategia de aproximación indirecta. Flanquear una fortaleza es menos costoso y más efectivo que atacarla frontalmente. El más antiguo ejemplo es el Caballo de Troya, cuando los griegos penetraron en la fortaleza metidos en un caballo enorme de madera, al que el propio adversario le franqueó la entrada, por curiosidad, para ver qué era aquello tan extraño, abandonado por los atacantes que habían fingido retirarse.

¡Estoy de acuerdo!... Voy a rectificar los medios, no los fines. Y ya volveremos a tratar este tema en fecha próxima.

Pasemos ahora a otro punto. Uno de nuestros principios tradicionales es demoler la vieja moral.

"La vieja Moral"

WALL STREET.- Destruir la moral es esencial para debilitar a la familia. Muchos no creen que queremos debilitarla. Suponen que nada tenemos qué ver entre sí. No comprenden que en la familia se genera una fuerza espiritual, como en el átomo hay una fuerza inconmensurablemente superior a las dimensiones del propio átomo. La fuerza de una sociedad es la suma de la carga espiritual de todas las familias que la integran. Así, pues, la familia es un núcleo de enorme fuerza para el presente y el futuro. Toda fuerza que no nos pertenezca es ajena a nosotros, y consecuentemente es nuestra potencial opositora. Por eso nos resulta esencial debilitar a la familia demoliéndole la

moral.

Para lograrlo estoy popularizando conceptos parcialmente verdaderos y parcialmente capciosos. Hemos inducido, a través de todos los medios de comunicación, que el hombre y la mujer son iguales. De esta manera la virginidad va dejando de ser una virtud y la infidelidad masculina puede ser correspondida lícitamente con la infidelidad femenina.

En teatro, cine, Radio y T.V. deslizo el concepto –en parte verdadero– de que cada persona tiene derecho sobre su cuerpo. Así, derecho a secas, sin restricciones "anticuadas". De ahí se deriva o se derivará en un futuro próximo que la mujer puede lícitamente abortar cuantas veces quiera. ¿Y qué decir del matrimonio? Que de la misma manera procede romperlo sucesivamente.

Otro recurso es el de la pornografía. Ya se han derogado las antiguas prohibiciones y ahora pueden imprimirse cientos de diversas revistas, desde las "moderadas" hasta las que inducen toda clase de aberraciones sexuales. La sexualidad es una fuerza, y si logramos desquiciarla, se convierte en una fuerza contra la sociedad. ¿No es esto la forma eficaz de dinamitar a la vieja moral?

Además, hay otros recursos que generalmente pasan casi inadvertidos: vamos haciendo circular vocablos groseros y escenas eróticas en casi todas las películas. El cine es escuela de multitudes. Pues bien, ahí enseñamos que es cosa muy natural el lenguaje procaz; que es natural que las hijas se enfrenten con sus padres cuando éstos tratan de encauzarlas; que quienes así lo hagan sean consideradas personas "liberadas" y que quienes no se atrevan sean tachadas de "inmaduras", de "prejuiciadas" o de "inhibidas".

Aunque vamos por grados, los frutos están a la vista. Las conciencias más firmes no cambian en toda una vida. Otras siguen las costumbres heredadas, pero

bastante menos que sus padres. El medio y las circunstancias que vamos creando influyen en nuestro favor. Muchos aún conservan el calificativo de "cristianos", pero reducido sólo a tales o cuales ceremonias.

Si la moral cristiana se debilita y se rompe, irá surgiendo la drogadicción, la delincuencia y en general la disolución social. Ya hemos avanzado a tal grado que ahora hasta para muchos sacerdotes es incómodo hablar de moral, y cuando alguien empieza a hacerlo, no falta quién le conteste que los tiempos han cambiado y que ya no es época de sermones.

Las recurrentes crisis económicas activan la ruptura de las antiguas costumbres. Un sueldo no basta en millones de hogares y la mujer tiene qué alejarse de la casa para trabajar, lo cual expone a los niños a quedarse sin protección verdadera, o bien, a que casi desaparezca el contacto entre padres e hijos.

Para que nuestra fuerza se imponga mundialmente necesita derribar a las que se le puedan oponer, y en este caso la antigua moral cristiana ha sido siempre un obstáculo para nosotros.

Dostoievski dijo que "si Dios no existe, todo está permitido". De esta manera, una sociedad así, nos conviene, ya que andará al garete y la podremos controlar mejor.

MOSCU.- Pues tú procedes con paciencia y haces filigranas de combinaciones. En cambio, yo he atacado directamente y no dejo de reconocer que tu táctica es mejor porque lanzas piedras de diversos calibres y escondes la mano.

Ahora tratemos lo de la libre expresión, la libertad de prensa y esas cosas...

La Libertad de Expresión

MOSCU.- Para acabar pronto, yo suprimí en la URSS la libertad de prensa. Sólo pueden circular los periódicos que mi régimen controla. Mis aparatos radiorreceptores están hechos para captar a mis propias radiodifusoras. Ninguna publicación escrita puede criticarme. Ni siquiera permito las fotocopadoras.

WALL STREET.- Eso te parece muy efectivo, pero no lo es. Seguramente nadie cree lo que tú le cuentas al pueblo. Has vuelto peligroso que te critiquen hasta en pláticas de café porque tienes "orejas" en todas partes y la gente teme ser denunciada. Pero a la larga pierdes credibilidad, al grado de que ya no te crean ni lo verdadero, y además estás fomentando más animosidad en contra tuya.

Por mi parte, he procedido con más astucia. Los grandes diarios y revistas son propiedad –en EE. UU. y en otras democracias amigas– de gente que tiene afinidades raciales o ideológicas conmigo. A la vez, permito que haya publicaciones adversas, aunque de mínima circulación y de evidentes medios paupérrimos. De esta manera la gente no las toma muy en serio y ella misma las juzga "fanáticas" o "amarillistas"... Estas publicaciones me sirven como testimonio de que doy libertades.

Algunos periodistas no son de mi bando, pero les dispense calculadas atenciones y les hago regalos. No te imaginas qué buen resultado logro, pues varios de ellos se sienten "soñados" y luego me sirven de buen grado.

Por otra parte, me conviene que a veces me hagan críticas. Así la publicación gana más lectores, de tal manera que cuando yo necesito que me apoyen, lo hacen con gusto y entonces el público nos da credibilidad. Y a los periodistas muy renuentes los margino y

se quedan sin "tribuna".

¿Qué te parece si ahora hablamos del recurso del "diálogo"?...

Astucia

MOSCU.- La astucia es una de nuestras virtudes inherentes. Lo demostró mi héroe Lenin cuando dialogó indirectamente con el Kaiser de Alemania (enemigo nuestro) y logró que en 1917 lo dejara pasar a través de Alemania para llegar a suelo ruso a encabezar la Revolución. Un año más tarde esta Revolución movió a sus activistas dentro de Alemania en contra del Kaiser, al que derrocó mediante motines y huelgas, lo cual fue decisivo para la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial.

Veintidós años después Stalin dialogó ventajosamente con los nazis.

WALL STREET.- Yo jamás dialogué con los nazis. Siempre rechacé su mano, aun cuando pude aceptarla y evitar la guerra.

MOSCU.- ¡Mira qué gracia! A diez mil kilómetros de distancia tú no tenías necesidad de hacerlo... Pero, ¿recuerdas que en 1939 Hitler estaba formando 18 ejércitos para invadirme y acabar con la Revolución comunista? Yo disponía del mayor ejército del mundo, pero no me era suficiente.

Hitler quería pasar a través de Polonia para atacarme. A mí no me convenía que eso ocurriera. **Me urgía que primero tuviera guerra con Francia y la Gran Bretaña.** A fin de lograrlo, mi hijo Stalin tuvo una idea genial: le propuso al Ministro de Relaciones de Hitler (Von